

El Corán

Comentado por Miguel Valls

Para cientos de millones de personas en el mundo, el Corán es el libro más importante de todos. Es *El Libro* por antonomasia, compendio de toda sabiduría posible, guía de verdadera felicidad para sus vidas y la de sus comunidades, y rasero por el que medir sus propios actos.



Para cualquier occidental, es una obra que no debe ignorarse si se desea comprender a otro gran pedazo del pastel humano como es el musulmán. Por último, para todo buscador, es un libro de lectura obligada mediante el que comprender mucho mejor cuál es esa *religión en la que están de acuerdo todos los hombres* y a cuyo conocimiento y práctica nos obliga el don de la inteligencia.

En sentido estricto, el Corán es una recopilación de textos y frases expresadas en lengua árabe por Muhammad ibn Abdallah entre los años 610 y 632 de la era cristiana. Las circunstancias *políticas*, sociales e ideológicas en que se vieron envueltos los nuevos creyentes, provocaron numerosos enfrentamientos armados y la muerte en ellos de numerosos seguidores del profeta. Fue Abu Bakr, a instancias de Umar, el encargado de interrogar a los testigos directos de las palabras del profeta que quedasen vivos, de

recopilar la copiosa y dispersa documentación oral y escrita, y de fundir en un solo compendio la antología que hoy conocemos como Corán.

Pero para el creyente musulmán –valga la redundancia, ya que ambos términos significan lo mismo para ellos–, el Corán es la palabra

misma de Dios, transmitida a los hombres mediante un hombre tomado de entre ellos, un profeta, Muhammad. Para el creyente, por tanto, el autor del Corán no es el otro que el mismo Dios. De hecho el propio Muhammad, según la tradición, solía decir que el Corán era *el único milagro* que había obrado, ya que él mismo se sorprendía de que un trabajador sencillo y sin instrucción, un simple camellero, hubiese podido crear por sí solo algo semejante.

Los conocedores de la lengua árabe suelen referirse a la hermosa sonoridad del texto original, hasta el punto de haberse resistido hasta lo posible a la traducción del texto a otras lenguas. Finalmente, en aras de su difusión, se permitieron tales traducciones, si bien la única versión autorizada para la liturgia es la árabe original.

Muhammad expresa así, directa e inequívocamente, su condición humana para

salir al paso de intentos posteriores de deificarle, como hubiera sucedido con la figura del Ungido –como suele llamar el Corán a Jesús– u otros profetas anteriores. No en vano, una de las frases más recurrentes del islam es *Lah illáh il·la lah, –sólo Dios es Dios–*, cuya interpretación primera es que sólo existe un Dios posible, que Dios es uno, el Uno, la Causa primigenia. La afirmación que los musulmanes desprenden de esta primera es que *sólo Dios es superior*, que bajo Él todos los hombres son exactamente iguales. Tantas veces como he preguntado acerca de ello, la lectura que nos enseñaban en los colegios católicos de que *sólo Alláh es Dios y los demás no*, simplemente no existe. Para el musulmán, además, la propia palabra musulmán –*creyente*– define tanto a judíos como a cristianos y a sí mismos. A la *gente del Libro*. Un musulmán no tiene duda alguna respecto de que el Dios de la Torá, el de los Evangelios y el del Corán es exactamente el mismo. Dios es Uno.

Desde el punto de vista del islam, la religión verdadera del hombre siempre fue la misma, partiendo del propio Adán, a través de Noé, Abraham (Ibrahim), Salomón, Job o Moisés, hasta llegar a Juan el Bautista y al propio Jesús. Como quiera que el hombre, en diversas épocas, fuera dejando de lado estas creencias ciertas, Dios le fue enviando a estos profetas, escogidos de entre los miembros de cada comunidad, para revelarles la verdad, ayudarles a comprenderla y recordarles sus deberes.

Para un cristiano, un occidental, la lectura del Corán resulta extremadamente fácil y familiar, ya que los textos y personajes *históricos* que cita son los de nuestra propia tradición bíblica y evangélica. De hecho, el Corán presupone que el lector está familiarizado con esos textos y tradiciones, y no se entretiene en explicar circunstancias que da por sabidas suficientemente. Hay, sin embargo, algunas excepciones lógicas. Para los cristianos, la lista de *profetas* termina con el propio Jesús. Para los musulmanes, esta lista no acaba sino hasta Muhammad y, entre éste y aquél, existirían otros enviados a otras tantas comunidades: Salib entre los tamudeos,

Hud entre los aditas, y Suayb entre los madianitas.

Otra de las salvedades para la correcta comprensión del Corán por el *occidental* es el desconocimiento del contexto histórico y épico que rodea al nacimiento del islam, y que apuntaremos más adelante.

Salvo el concepto de pecado original, para el musulmán la creación del universo, su culminación con la creación de la primera pareja y los detalles de su estancia y pérdida del paraíso terrestre son idénticos a los que conocemos, incluyendo la intervención de Satanás.

También, en cuanto al sacerdote o mediador necesario entre Dios y los hombres, el Corán se desmarca de los usos cristianos: Dios es todopoderoso y puede iluminar o perdonar directamente, sin intermediación alguna, a quienquiera que se lo pida o que Él disponga.

Por último, la diferencia más llamativa entre el cristianismo y el islam es la figura de Jesús y, más concretamente, su consideración divina. El Corán, ajeno a la autoridad y conclusiones del concilio de Nicea (325 d.C.), no solo no acepta la naturaleza divina de Jesús, sino que cita algunas de las frases que se le atribuyen para *demostrar* su condición humana. Por ejemplo, en la sura o capítulo 5º, aleya o versículo 116, se reproduce el siguiente diálogo entre Dios y Jesús: *Y cuando dijo Dios: “¡Jesús, hijo de María! ¿Eres tú quien ha dicho a los hombres: “¡Tomadnos a mí y a mi madre como a dioses, además de tomar a Dios!”? Dijo (Jesús): “¡Gloria a Ti! ¿Cómo voy a decir algo que no tengo por verdad? Si lo hubiera dicho, Tú lo habrías sabido. Tú sabes lo que hay en mí. (...)!*

No deja de ser curioso, sin embargo, que en las tradiciones judía y cristiana, la afirmación de que los textos sagrados son inspiración directa de Dios, no se observa en igual medida que en el islam. Es cierto que muchos judíos ortodoxos se guían por esta creencia, y que en no pocas circunstancias así lo han hecho, y continúan haciéndolo, muchos de los denominados cristianos, sean católicos o no. Pero no deja de sorprender también que el musulmán practicante, el que se considera

a sí mismo fiel seguidor del islam, se resista a cualquier forma de lectura simbólica de su texto sagrado. Y no me estoy refiriendo a ultraortodoxos del tipo que puede venirnos a la cabeza, sino a personas virtuosas y cultas, perfectamente preparadas social y profesionalmente y convencidos defensores del estado laico. Por ello resulta especialmente interesante la rama sufí, varios de cuyos seguidores figuraban entre el círculo íntimo o de confianza del profeta, y que sí se guían por esta lectura simbólica con el fin de separar el conocimiento sustancial o universal de lo anecdótico o históricamente caduco.

Sin embargo, como decíamos arriba, es muy notable la sensación de familiaridad que se experimenta al leer el Corán con ojos culturalmente cristianos. Y no es de extrañar que, en un principio, el islam fuera considerado por muchos una secta o corriente cristiana más, de las varias que proliferaban en los primeros siglos de nuestra era. La manera en que el Corán se refiere a la figura de Jesús es especialmente cariñosa y respetuosa, y lo asume sin lugar a dudas como profeta e hito inestimable de la historia de la revelación que, cronológicamente, acabaría con Muhammad. El Corán también asume sin titubeos la condición de madre virgen de María, del todo compatible con su condición humana.

El Corán presenta a Muhammad como uno más en la cadena de profetas que Dios ha ido enviando a las diferentes comunidades de la historia. De hecho, aún habiendo sido enviado al pueblo árabe específicamente, Muhammad es un profeta para todos los pueblos, incluyendo en concreto y en especial tanto a judíos como a cristianos (5, 19).

Por eso, a Muhammad no le tiembla la voz cuando increpa tanto a judíos como a cristianos por desobedecer, desoír o malinterpretar a sabiendas las enseñanzas que tuvieron el privilegio de recibir de Dios mediante los profetas enviados a sus comunidades. El Corán es especialmente severo contra los judíos de Arabia por su complacencia en tales desviaciones, pero también por el hecho de haber conspirado en contra de los nuevos musulmanes, aliándose

en varias ocasiones con algunos de sus enemigos declarados. Con respecto a los cristianos, las circunstancias históricas parecen haber propiciado una mayor proximidad, hasta el punto de haberse iniciado negociaciones con ellos, solo rotas por las excesivas condiciones que estos últimos habrían pretendido imponer finalmente. Parece ser que, a partir de entonces, ya no se rezaba mirando unas veces hacia Jerusalem y otras hacia la Meca, sino solo hacia esta última ciudad.

Pero en cualquier caso, el Corán se cuida muy mucho de generalizar, previniendo sobre la integridad moral de muchos de ellos, judíos o cristianos, y sobre la necesidad de distinguir entre los hombres virtuosos y los que no lo son, más allá de sus creencias religiosas. Como hemos dicho, un buen cristiano o un buen judío son también buenos musulmanes aunque, mejor, se recomienda mantenerse alejado y no cultivar su amistad especialmente. *Los creyentes –los musulmanes–, los judíos, los sabeos y los cristianos –quienes creen en Dios y en el último día y obran bien– no tienen que temer y no estarán tristes* (5, 69). Sin embargo, la siguiente aleya (5, 70) carga contra los judíos, a quienes el Corán suele tachar de ciegos e ingratos: *Concertamos un pacto con los Hijos de Israel y les mandamos enviados. Siempre que un enviado venía a ellos con algo que no era de su gusto, le desmentían o le daban muerte.*

En otras aleyas en las que el Corán reprende a los judíos por su incredulidad y por haber proferido contra Mahoma una enorme calumnia, (4, 156), se lee una frase especialmente chocante para muchos judíos y cristianos: ...y por haber dicho (los judíos) *“Hemos dado muerte al Ungido, Jesús, hijo de María, el enviado de Dios”, siendo así que no le mataron ni le crucificaron, sino que les pareció así. Los que discrepan acerca de él, dudan. No tienen conocimiento de él, no siguen más que conjeturas. Pero, ciertamente, no le mataron.* (4, 157).

Resulta curiosamente reveladora esta última aleya, no solo por participar de la teoría

del engaño de Jesús a sus pretendidos verdugos, sino por obviar la condena a la cruz como castigo que los ocupantes romanos destinaban exclusivamente a los enemigos del imperio. En este sentido, quedando exculpados los romanos de la muerte de Jesús y cargando la culpa de su muerte exclusivamente sobre el sanedrín judío, parece confirmarse la tradición apostólica paulista en las fuentes de donde bebió Muhammad.

Tampoco es tolerante el Corán con algunos de los dogmas de fe de los cristianos, como el de la santísima trinidad: *No creen, en realidad, quienes dicen “Dios es el Ungido, hijo de María”, siendo así que el mismo Ungido ha dicho: “¡Hijos de Israel, servid a Dios, mi señor y señor vuestro”* (5, 72) ... *No creen, en realidad, quienes dicen “Dios es el tercero de tres”* (5, 73).

El desconocedor, o el desinformador intencionado, suele achacar al Corán la discriminación que ejerce contra la mujer. Sin embargo, cualquier musulmán sensato, y lo son la inmensa mayoría de ellos, citará la siguiente aleya para despejar cualquier duda sobre la decidida igualdad de toda criatura humana ante los ojos de Dios: *Os hemos creado de un varón y de una hembra y hemos hecho de vosotros pueblos y tribus, para que os conozcáis unos a otros. Para Dios, el más noble de entre vosotros es quien más le teme* (49, 13).

Sobre este particular de la discriminación de la mujer, al Corán suele reprochársele que estipule la herencia de las mujeres como de una cuarta parte, correspondiendo las otras tres cuartas al hijo varón. Cualquier musulmán bien informado aclarará que, en sus sociedades, efectivamente la mujer recibe menor parte. Pero que tal medida posibilita que el varón disponga de una parte para sí, más dos partes para establecer negocios con capital suficiente. Porque, dato importante, el islam prescribe que toda mujer debe ser mantenida por su pariente varón más próximo, y no a costa de su propio patrimonio, ya provenga de herencia o dote. O por el Estado, en su defecto. Es como si, por ejemplo, nuestra sociedad otorgase mayor parte de las

herencias paternas a los varones, pero los obligase a mantener a una prima lejana que, conocida o no, hubiera quedado sin otros parientes varones más próximos.

Cuando un occidental pregunta a un musulmán acerca de este tipo de cuestiones que resultan chocantes en nuestros contextos sociales, el musulmán bienintencionado y culto responderá que es necesario conocer la totalidad del Corán, así como los *hadiz*, los refranes o sentencias del profeta, que aclaran, matizan y acotan. Así, cuando en caso de préstamo de dinero, el Corán recomienda ponerlo por escrito mediante contrato entre las partes y con la presencia de dos testigos varones o, en su defecto, de un varón y dos hembras, un musulmán perfectamente igualitario te dirá que la mujer suele ser más temerosa o influenciabile en situaciones de este tipo y que, teniendo otra mujer cerca, se sentirá fuerte, y por mucho que el primer varón afirme lo contrario, entre ambas harán valer la veracidad de su testimonio.

Ellas tienen derechos equivalentes a sus obligaciones, conforme al uso (usos y obligaciones, como hemos dicho arriba, mucho más benignos en cuanto al trabajo y responsabilidades de la mujer en el contexto histórico donde se produjo la ley coránica), *pero los hombres están un grado por encima de ellas* (en cuanto a esas obligaciones y responsabilidades) –2, 228–.

Cuando se interpela a un musulmán sobre la muerte por lapidación de la mujer adúltera, te contestará, primero, que esa sentencia no proviene del Corán, sino del Antiguo Testamento, aunque el islam la asuma en su sentido tradicional, idénticamente a como la *asumen* cristianos o judíos. Y segundo, te explicará la letra pequeña o, mejor dicho, la que no se cuenta en occidente, mucho más conciliadora a mi juicio: el islam exige cuatro testigos de la comisión del adulterio, cuatro personas que hayan sorprendido *in fraganti* a los adúlteros en la comisión de su pecado. Circunstancia esta, por lo demás, bastante difícil de darse, por razones obvias.

A quienes difamen a las mujeres honestas sin poder presentar cuatro testigos,

flageladles con ochenta azotes y nunca más aceptéis su testimonio. Ésos son los perversos (24, 4). Se exceptúan aquellos que, después, se arrepientan y se encomienden. Dios es indulgente, misericordioso (24, 5). Quienes difamen (acusando de adulterio) a sus propias esposas sin poder presentar más testigos que a sí mismos, deberán testificar jurando por Dios cuatro veces que dicen la verdad, (24, 6) e imprecando una quinta la maldición de Dios sobre sí si mintieran (24, 7). Pero se verá libre de castigo la mujer que atestigüe jurando por Dios cuatro veces que él miente (24, 8) e imprecando una quinta la ira de Dios sobre sí si él dijera la verdad (24, 9). En tal caso, se concederá la separación entre los cónyuges, sin más que reclamar.

Este y no otro es el texto de referencia. La sura 24. Para cualquier persona civilizada, musulmana o no, la aplicación de castigos sumarísimos, pretendidamente islámicos, sin la observancia estricta de este procedimiento constituye una brutalidad y una clara desobediencia a las leyes de Dios y de los hombres. Y un doble insulto a la buena fe del Corán y de la inmensa mayoría de musulmanes.

El cristianismo católico exige de los hombres que se comporten como ángeles y, aunque les dota de un alma neutra, les condena de por vida a expiar un pecado original que no cometieron. El islam es realmente comprensivo con la condición humana, relativiza cada caso particular y ofrece salidas socialmente airoas para muchos de los conflictos de la vida ordinaria. Así, condena la fornicación por vicio, aparta a quienes la practiquen sin el decoro debido y escandalicen al resto de ciudadanos. Pero ofrece también salidas: permite el matrimonio temporal con fines sexuales en casos especiales (en estado de guerra, entre otros), siempre que haya acuerdo entre las partes, medie o no dinero en el trato. Digamos que, perfectamente, el Corán podría permitir bodas y divorcios en el plazo de media hora, pongamos por caso, y quedarse tan fresco, como si no le importasen las verdaderas intenciones en el ánimo de las personas. Pero no: tiene la valentía de mirar en el corazón de las personas, aceptarlos como son y dar normas para encauzar las cosas de modo sensato.

El Corán te pide que seas respetuoso y sincero con Dios, y su visión de Dios abarca ineludiblemente el respeto a los hombres. A uno mismo y a todos los demás. Si dándose estas circunstancias, uno desea beber vino y emborracharse, pues que lo haga, pero donde no sea visto por quienes no tienen por qué verlo. Y que no vaya a la mezquita hasta que se le pase la borrachera. Por eso las tabernas musulmanas están protegidas por cortinas que impiden ver hacia adentro y en vías discretas.

Recomiendo a las mujeres u hombres que recelen de este igualitarismo del islam contra la mujer, que charlen de ello con mujeres musulmanas de países avanzados. Encontrarán sus respuestas muy ilustrativas y muy tranquilizadoras. Y se alegrarán, valga el verbo, de coincidir en que según que barbaridades, salgan en el telediario o no, nada tienen que ver ni con el islam ni con religión alguna. Yo pasearía con mi hija adolescente o con mi esposa mucho más tranquilo por cualquier ciudad de Turquía o Siria que por algunas calles de Barcelona o París. Pocas veces he visto a los hombres de cualquier condición comportarse tan caballerosa y respetuosamente con las mujeres. Quizá no sea el Corán. Quizá sea propio del carácter oriental. O quizá sí.

Eso es la ley *sharia*, palabra emparentada con *calle*, que vendría a significar *ley para ser observada en la calle* o en comunidad. Lo mismo respecto al juego, a las prácticas homosexuales o el consumo de drogas. No hagas a la vista de los demás nada que pueda ser motivo de escándalo o de murmuración. Ni tampoco hagas nada que te escandalice a ti.

Esa es la lectura que haría cada uno de nosotros, tal como somos, si fuéramos musulmanes. Lo demás sería como juzgar al País Vasco por lo que sale en los telediarios norteamericanos. Afortunadamente, el País Vasco es mucho más que tiros en la nuca y toros sueltos por la calle.

El Corán, pese a su antigüedad, es la religión más moderna de todas. En Arabia, por los años 600 de nuestra era, la población tradicionalmente nómada se estaba haciendo sedentaria alrededor de los caravanserais situados en enclaves estratégicos de las rutas comerciales. Los valores tradicionales propios de los clanes familiares nómadas se estaban perdiendo, sustituidos por el desconcierto de las nuevas clases burguesas de

comerciantes y artesanos, deslumbrados por la abundancia que proporcionaban sus nuevas condiciones en la ciudad, frente a sus vidas anteriores a lomo de camello, cuando lo había. Aquellos viejos valores tradicionales (honor, disciplina, solidaridad de grupo, socorro al viajero, respeto a los ancianos...) se tachaban de atrasados o pasados de moda y se rechazaban aún sin tener el repuesto adecuado. Se adoptaron así numerosos ídolos o deidades falsas y menores, que copaban el culto debido a los valores que representa el verdadero Dios. De la misma manera que hoy se rinde culto al dinero, a salir en la televisión o a asistir a fiestas fenomenales. No creo que fuese muy diferente eso. Y a Muhammad y sus correligionarios, como es lógico, no les debía parecer la actitud más edificante.

Las viejas tradiciones sentenciaban que quien abandonase el grupo se convertía en blanco de las flechas y enemigo. Mohammad y sus seguidores se autoexiliaron por razones ideológicas y vivieron en constante tensión militar, sufriendo numerosísimas bajas, pero obteniendo significativas victorias también. Por este motivo, el Corán alude en numerosas ocasiones a quienes ponen sus vidas y sus haciendas al servicio de Dios, a quienes mueren en combate, a quienes pelean por sus valores, o a quienes niegan su colaboración por cobardía, por falta de fe, o socaban la moral de combate de otros. En ese sentido, el Corán no difiere en absoluto de ningún otro código militar que yo conozca. Es, eso sí, mucho más comprensivo con los indecisos. E igualmente machista, si es que es lícito pedir la igualdad de mujeres y hombres frente a la guerra.

Desde las primeras páginas, es evidente que a Muhammed, o a los recopiladores del Corán, les importa mucho dejar claras dos cosas: que Dios es Uno y que habrá un Juicio Final al término de nuestras vidas. Sobre el primer punto no vamos a extendernos más allá de referir la manía especial que el Corán tiene a los *asociadores*, esto es, a quienes asocian o acoplan al Dios verdadero otro dios que no lo es tal (el dios del dinero, por ejemplo) y al que desvían el culto. El empleo del juicio final, tan propio de las tradiciones semíticas, resulta curioso en el Corán: por un lado apela a la responsabilidad del hombre y al evidentemente preferible amor inmenso de Dios pero, por otro, amenaza con los peores sufrimientos para los que no se comporten como deben. Es como si dijera *tú que comprendes, haz el bien porque sabes que es lo mejor para tí y para cuantos te rodean. Y tú que eres incapaz de comprender eso, hazlo por*

obtener el paraíso, con jardines bajo los que fluyen arroyos, o por evitar sufrimientos inimaginables y eternos, porque no te vas a ir sin pagar.

También en las primeras páginas, un hecho sorprendente para la gravedad a que nos suelen tener acostumbrados los textos sagrados: Dios es capaz de bromear y de devolver bromas. En la sura 1, refiriéndose a los hipócritas, dice: *Cuando encuentran a quienes creen, dicen "¡Creemos!". Pero cuando están a solas con sus demonios, dicen "Estamos con vosotros, era solo una broma" (14). Pero Dios les devolverá la broma ... (15).*

Y es que el Corán está escrito en un tono cercano, claro, coloquial y comprensibilísimo. Lleno de sabios consejos para llevar una vida feliz y respetuosa con respecto a uno mismo y a los demás. Equipara las buenas palabras con la caridad, indica cómo comportarse cortésmente, cómo atajar situaciones equívocas o fuentes de conflicto, habla de Dios como *el compasivo y el misericordioso* (palabras primeras del Corán y de cada sura, que reproducimos en bella caligrafía al principio de este texto), o como *el poderoso y el sabio* (armonía entre los atributos masculino y femenino). Y hasta aconseja ser el primero en saludar y, si se nos adelantan, responder con un saludo aún más cariñoso; o cómo negociar y cerrar los tratos a satisfacción de todos.

Quien desee acercarse al Corán libre de prejuicios anacrónicos y limpio de mente y corazón, encontrará en él muchas de las razones por las que tantos millones de mujeres y hombres lo han tomado como el mejor libro posible. Quien desee encontrar clavos ardiendo a los que agarrarse para denostarlo o menospreciarlo, también encontrará las frases adecuadas, incluyendo la que dice en qué circunstancias es lícito pegar a la mujer (4, 34), aunque quizá no tan duras como las órdenes de Yahvé a Moisés, en nuestro Antiguo Testamento, mandándole degollar a pueblos enteros sin miramiento a niños, mujeres o ancianos. Y quien desee simplemente investigar en el corazón del hombre, en la historia de la civilización y el pensamiento humanos, encontrará una obra cumbre de la filosofía de todos los tiempos que agradecerá conocer, comprender y usar como trampolín hasta el séptimo cielo. Porque también dice el Corán que los mayores dones de Dios fueron las Escrituras y la Sabiduría. Las primeras, sabemos ya cuáles son. Y la segunda, también.

Miguel Valls (Mayo '05)